

Mansilla Mayor, 19 de agosto de 2023

Mi nombre es Chus. Llegué a la Parroquia de La Milagrosa de Gijón en setiembre de 1979, de la mano de Julián, compañero de clase y amigo, alguien que me dio la oportunidad de conocer una Iglesia muy distinta a la que había conocido hasta ese momento. Una iglesia comunidad, centrada en la construcción del Reino y en compartir, sin oropeles, dando la importancia a mejorar la vida de las personas más que a repetir rituales vacíos de amor a Dios y al prójimo. Compartimos la eucaristía de mil formas, con una participación de las mujeres que escandalizaba a alguna gente y una misa de niños y niñas que por sus maravillosas formas de transmitir el mensaje llevaron a que algún periódico las definiera como que el circo había entrado en la Iglesia. Pero eso, de vuestra generación de curas, no nos preocupaba sino que a nuestra gente la enorgullecía, porque como tituló Leonardo Boff uno de sus libros La Iglesia se hizo pueblo. Misas llenas, gente involucrada en todas las luchas por los derechos de la gente, voluntariado y una vida centrada en los demás. Ese fue el contexto que cambió muchas de nuestras vidas.

De Eble, empecé a oír hablar desde el principio porque, aunque él estaba en la parroquia de San Vicente, la de arriba, como la llamábamos desde la nuestra, Manolo nuestro cura y él compartían la tarea de llevarnos a toda la juventud de las dos parroquias.

El inicio del año 80, nos trajo un golpe muy duro a todas y todos los que estábamos con la ilusión de iniciar un camino en los grupos, se nos fue Manolo de un infarto con 38 años. Eble y él eran prácticamente coetáneos.

En nuestra parroquia nos conjuramos para sacar adelante todo lo que habíamos soñado con Manolo y nos pusimos manos a la obra. Fueron años de esfuerzo, compromiso, implicación eclesial y social. Con deciros que aquel grupo de jóvenes llegamos a hacernos cargo de toda la pastoral juvenil de la Parroquia, podéis haceros una idea. Vivíamos para estudiar (no sé cómo, pero se juntaron grandes cerebritos en nuestro grupo), para la acción eclesial, para la acción social y para la construcción de comunidad, de grupo.

Eble, siempre estaba ahí, comprometido con que todo saliera adelante.

El Llano, por aquellos años era un barrio obrero típico de los setenta y ochenta, donde no había grandes medios y el nivel social y cultural era precario. Nuestros padres y madres, en su mayoría no podían transmitirnos un camino de estudios y progresión a ese nivel, salvo una zona donde se

ubicaban las casas de los maestros y maestras y cuya infancia sí tenía ese privilegio.

Fueron tiempos difíciles en lo social. Fue el gran boom de la droga, de la heroína... con todo lo que llevó de sufrimiento a muchas familias y a las personas adictas, que deambulaban por las calles.

Y Eble, con su compromiso y esfuerzo personal consiguió que cientos y cientos de jóvenes tuviéramos un espacio seguro donde construir el Reino en la tierra, donde vivir los valores que marcaron nuestra transición a la adultez y nos han regido a lo largo de nuestra vida.

No todos, ni todas, hemos seguido por el camino de la Iglesia como institución, no todos-as participamos hoy de la comunidad eclesial, pero estoy seguro de, que en una inmensa mayoría, no se ha perdido el valor de estar del lado de las personas que más lo necesitan, de luchar porque todas las personas puedan ser, de nutrir nuestras acciones del mensaje del Evangelio.

Eble nos dio la posibilidad de contar con un espacio en nuestras parroquias, de crear una Asociación Juvenil, aprender a participar tanto dentro de la misma como en los órganos municipales y autonómicos de representación de la juventud.

Con la colaboración inestimable de las Hijas de la Caridad, pudimos también conocer la pobreza más extrema, chabolismo, personas en situación de sinhogarismo, personas mayores solas y más tarde la droga y el sida.

Y con todo esto, ser parte activa de la sociedad civil, incorporándonos a las luchas sociales por los derechos de las personas independientemente de su condición.

Nos dio la oportunidad de participar de encuentros con otros y otras jóvenes de Asturias y de España, enriqueciendo nuestras vidas. Por él pudimos ir a los encuentros de Silos en Burgos o de Benagalbón en Málaga, compartiendo vivencias con gente de todos los puntos de España.

Y, el punto culmen... los campamentos. Año tras año, durante más de una década, Eble se pasó casi todas sus vacaciones aguantando a grupos que nos juntábamos primero en Santibáñez de Arienza y después en El Castillo, el pueblo de al lado, y facilitando que compartiéramos experiencias que, sin duda, han marcado nuestras vidas.

El campamento era como el momento de intensidad máxima de la actividad y el desarrollo vital de todas y cada una de las personas que participábamos

allí. Aprendimos a convivir, a cocinar, a programar actividades, a resolver conflictos, a querernos a pesar de todo y a reforzar nuestro compromiso con la sociedad. Nada habría sido posible sin su aportación.

Era cabezón, como todas las personas que trascienden la normalidad, mostraba su fijación por aquello en lo que creía. Y un día dijo: “esto se nos va de las manos, no podemos seguir haciendo los campamentos así, sin una infraestructura más grande y más estable” y entonces se empeñó en que había que hacer una casa y, manos a la obra, porque allí tuvo que poner su esfuerzo, su pericia e incluso su dinero todo el mundo, cada cual según sus capacidades. Y se hizo, vaya que si se hizo. Y los últimos años todo se desarrolló allí.

Aún recuerdo cómo nos poníamos a hacer zanjas con nuestras manos y estilo urbanita y llegaba él, nos veía y bajaba a la zanja. Se ponía cinco minutos a tope, avanzaba un montón y luego se marchaba y allí seguíamos nosotros sin ser capaces de avanzar un metro.

Era muy así, grande donde los haya. Cuando íbamos de monte, nosotros, ya aprendidos en el arte de la razón, buscábamos ir por la ruta menos costosa, pero Eble no, Eble si había que pasar por tres montes, no los rodeaba por la ladera, los subía y bajaba uno a uno. Es que éramos personas enclenques.

Y luego llegaba el domingo y entonces aparecía con el melón y el jamón. ¡Qué ritual era para él! Cuando estábamos en Santibáñez, nos juntábamos a comer siempre en un pequeño prado con árboles al que no sé si nosotros o el pueblo, denominábamos El Huerto, un nombre muy bíblico. Entonces estábamos todos sentados en el suelo y llegaba él con su melón y el jamón y empezaba a cortar y repartir. Era la pura imagen de la felicidad.

Disfrutaba con nosotros y nosotras, de eso nunca tuvimos duda. Nos quería y nos lo demostraba. Y eso que yo tuve mi adolescencia, no lo puedo negar y le traje por la calle de la amargura más de una vez con mis discusiones sobre hacia dónde teníamos que ir.

Estuvimos años distanciados, primero por nuestros conflictos y luego por las circunstancias de la vida. En los últimos años busqué la forma de volver a contactar con él. En esto, otro de mis grandes amigos de aquel momento, Roberto, fue la clave y se lo agradezco mucho.

Pero llegó la pandemia y los aislamientos y hubo que volver a esperar. Así que finalizada ésta, un día que el trabajo me llamó a Madrid, no lo demoré

más. Allí estaba, en la residencia esperando con toda la ilusión que bajara. Habían pasado más de veinticinco años sin vernos.

Según apareció, los veinticinco años se convirtieron en el día anterior. Y es que en momentos como esos te das cuenta de la trascendencia de todo lo que vivimos.

Luego vinieron otros momentos. Alguna comida juntos y una última tarde de merienda en su comedor de la residencia. Allí intentábamos animarlo a que en los próximos meses, cuando se inaugurara el AVE, pudiéramos acogerle en Gijón y hacerle un merecido homenaje. Ni el AVE ni el destino nos dieron la oportunidad, pero permitió que mucha de la gente que habíamos compartido con él tanto tiempo, pudiéramos volver a juntarnos para pensar en qué podíamos hacer para volver a juntarnos con él. Incluso se barajaba organizar un viaje a Madrid.

Así que cuando llegaron las tristes noticias, pudimos compartirlas gente que hacía años que no teníamos contacto y volver a revivir las anécdotas y el cariño y la admiración que le teníamos.

En los últimos días, yo seguía mandándole mensajes al whatsapp con la esperanza de que tuviera un despertar.

El último día de su vida le envié este mensaje con el que me gustaría acabar:

Hoy te has ido. En nuestras vidas has sido transcendental. Ten por seguro que alimentaste un entorno de solidaridad y justicia social que permitió que creciéramos con unos valores que nos ponen del lado de las personas más desfavorecidas.

Además, con tu esfuerzo por ofrecernos esa alternativa vital, conseguiste que muchos no acabáramos en las adicciones que golpearon tan fuerte a nuestra generación y nuestros barrios.

Años dedicados a nosotras y a nosotros, al cien por cien, veranos completos en Santibáñez y El Castillo, generosidad en poner todo tu ser a nuestro servicio.

Puedes irte tranquilo porque estarás entre los grandes y buenos. Así te recordaremos varias generaciones de El Llano y de los alrededores.

Da recuerdos a Manolo, a Juanito y a tantos otros con quienes convivimos en esos maravillosos años.

Con todo el cariño

Las chicas y chicos de tus grupos.